

XXXVII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2021

EL BUCLE DE ELENA

FEDERICO GODED NADAL

ACCÉSIT

El 16 de Julio de 2021,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Ángel Olgoso, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Ginés Anierte y José María
López Ballesta, otorgaron el Accésit de la trigésima séptima
edición al cuento titulado El bucle de Elena,
de Federico Goded Nadal.

Federico Goded Nadal, nació en Madrid.

Es Maestro Mundial de bridge, jugador profesional y autor de numerosísimos libros de carácter técnico referidos al mundo del juego y su combinatoria.

Comenzó a escribir hace muchísimos años. Sin embargo, apenas había publicado alguna colección de relatos breves hasta el año 2015. Ha publicado algunas novelas, de las enumeramos las siguientes:

Es demasiado tarde, Colette (Editorial Atlantis) es un acercamiento al mundo de la eutanasia. 2016

El año que traicionaron a Bragadino es una obra histórica que toma como referencia el final de la guerra de Chipre (1571), mes y medio antes de la batalla de Lepanto. Obtuvo el segundo premio en el premio "Isla de las letras". 2018

Il loquace, publicada en pleno comienzo de la pandemia, es una colección de relatos de corte histórico e íntimo. 2020

...Y de repente el azar es una colección de relatos escritos junto a otros autores que formamos el grupo literario Viernes Café, al que pertenece. 2020

EL BUCLE DE ELENA

Recuerdo el día en que tu papá me dijo que te habían diagnosticado el autismo de una forma oficial. Aún no habías cumplido dos años, mi niña, y alguien puso marco a tu asombro, nombre a la sonrisa que me regalabas cuando te columpiabas en mis rodillas. "Ya ves - pensé que pensé alguna vez - mi nieta les ha engañado ". Recuerdo que me dio por salir a pasear por los encinares para esquivar una respuesta cuya pregunta ignoraba también.

Hoy celebras el carnaval disfrazada de india y con el *tilaka* rojo en la frente. El tercer ojo simboliza el mundo interior y de esos parajes andas muy bien provista, mi nieta. Me has llamado por el móvil para enseñarme tu disfraz. Estabas preciosa y he tenido que reconocer que nuestra búsqueda para encontrar a *Epi* en mi habitación ha fracasado. A lo mejor lo arrojamos a la piscina para que aprendiera a nadar o tal vez se escondiera en el último rincón del cuento que te conté la otra noche antes de dormir. Espero que *Blas* no esté preocupado y cuando vuelvas a dormir conmigo haremos una fiesta cuando por fin reaparezca.

Había sido un día muy duro, la barriguita llena de nuggets y un pingüino que no se dejaba atrapar en la piscina. Cerraste los ojos, me empujaste fuera de la cama y mientras me orillaba y apagaba la lamparilla estuve pensando, Elena, que no hay mayor felicidad que imaginarnos viviendo el sueño de quien más amamos.

Esconder bajo un nombre técnico mi estremecimiento y nuestras carcajadas era y es poner puertas al campo, luz a la mañana más luminosa del verano. Sí, ya sé que tienen algo de hereditario tus abismos y los míos, que a veces me miras desde un planeta dibujado en las páginas de un libro abierto y nuestro.

Tú de eso no puedes acordarte. Cuando volví de aquel paseo anocheceía. Al llegar a casa abrí los álbumes familiares en los que tú no habías comparecido todavía, en los que no eras más que un proyecto enamorado en mi imaginación. A base de intentar recordar a tu papá, niño, de pasar y repasar fotografías familiares se me apareció de pronto, como un impulso que brotara del lugar más íntimo de la memoria, la imagen de tu abuela y una carita infantil que era tu misma cara adormecida en sus brazos. Era otoño, era tu padre y era tu rostro, mi niña. Gonzalito reía como ríes tú, como surgiendo de una certidumbre de puré y

chocolate, del final de un naufragio arrancado y rescatado en la misma orilla del despertar. A los pies de tu abuela un perro de mirada lánguida decoraba la escena. Tú no la conociste, ¿sabes? Tu abuela se fue para soñarte una tarde de diciembre. El fotógrafo estaría haciendo el payaso como siempre y tu papá reía y reía. Y a ves que tu abuelo no entiende más que de aquello que le hace vibrar, de aquello que palpa con las manos o que puede recordar con las palabras más dulces. Lo demás es lo demás y en esa condición es por demás lo que sobra.

Apenas tenías dos años de vida el día en que mi hijo me llamó para contarme que eras una niña autista. Me preguntó entonces si él lo era también. Así, a bocajarro, como quien anuncia la hora de la llegada del expreso de Irún o pregunta por la capital de Francia. *Claro, hijo, como tu padre pero esas cosas tenían otro nombre.* Mi hijo colgó el auricular. Siempre me cuelga cuando creo que tengo algo más que añadir. Ahora, transcurridos cinco años más, tengo a flor de piel la imagen de tus ojos cerrándose acunados por los personajes de la tele, de tus brazos en mi cuello cuando regresábamos apresuradamente de los columpios con las primeras gotas de lluvia humedeciendo mis orejas y chisporroteando ya en los bancos y en las copas de los árboles. Recuerdo que te cubría con mi manaza mientras corría contigo en brazos, que te anudaba después una bufanda rojiblanca al cuello cuando tu mamá no nos veía, que tu tía imitaba el croar de las ranas, que tu papá te enseñaba a subir los escalones de uno en uno, que tú me sonreías victoriosa cuando adelantabas el pie izquierdo para alcanzar cada peldaño de nuestra casa, con los zapatos de estreno, tu mochilita a cuestas y un lazo rosa en tu pelo. No hay ni hubo más verdad que mi temblor al sentir el tacto de tus manos mientras te incorporabas a la banqueta de la cocina para echarle sal al huevo frito y me organizabas cada uno de mis dedos partiendo del meñique mientras los dos aguardábamos mirando la sartén: "Espera un poquito , abuelo, que el aceite tiene que estar caliente. Escucha. Éste compró un huevo, éste lo echó sal, éste lo frio, éste lo puso en el plato y éste pícaro gordo se lo comió. "

No, no lo sé. A veces pienso que la vida es un entrenamiento para ganarnos el derecho a ser niños, que no hay más paraíso que la infancia ni más espacio que el que abarca su paisaje. Un niño autista es un niño, no un número primo indivisible ni un error de cálculo. Verás, Elena. Hacerse mayor sí que es aburrido, es aprender razones hasta olvidar enigmas, es perderse en la búsqueda de sustantivos y de

fórmulas para esconder en la memoria el olor secreto del magnolio del jardín, el color de un cuento sobre la almohada y el bullicio de la tripita cuando baja el primer helado de chocolate estallado en la boca. Y o no quiero que te hagas mayor, quiero que aprendas a ser niña y luego a ser feliz, solamente eso. ¿Sabes Elena? La gente no deja de jugar porque se haga mayor, es que se hace mayor por dejar de jugar. Y ni tú ni yo queremos ser mayores.

De cuando en cuando, ¿sabes, Elena?, quiero recuperar el tiempo, pido permiso a mi pretérito, tomo impulso y me flotan los recuerdos. Era verano, luz y granizado de limón. Alguien me preguntaba *¿Qué quieres ser de mayor? ¡Caballo!* Respondí inmediatamente. *¡Pero eso no puede ser! Pues entonces no quiero ser mayor.* Nunca más me lo preguntaron. Mi mamá - porque el abuelo Fede también tenía mamá-sonreía. *Serás caballo, hijo, serás lo que quieras ser.* El olvido se deshace con el olor del magnolio y el viento nos devuelve pedazos de imágenes y voces que recompone y nos acerca a la mesa en la que estamos tú y yo jugando. Escucho entonces un grillo martilleando la noche de verano mientras mamá canturreaba una copla de fondo, el alboroto, las voces y hasta el relieve de alguna mañana de domingo. Entonces, por un instante, vuelvo a ser niño y comprendo tantas cosas ... porque aunque no miremos las flores del jardín o no sepamos su nombre el magnolio sigue perfumando el aire y los geranios mueren cada otoño. Las cosas nos rodean y nos empujan, los gatitos se esconden bajo los coches y a veces nieva. Sí, se aprenden muchas cosas en la vida pero también se olvidan a veces las más importantes. Y o quiero que te acuerdes de este tiempo, de mi voz cantando a la brujita y el olor a pis y a galleta. Las fotos mienten. Desde el álbum familiar solamente perduran mi bigote canoso y la pelota de colores inmóvil en la piscina. Lo importante, sin embargo, es tu risa mientras das patadas en el agua aferrada a mi mano enorme. Mi mamá, ¿sabes, Elena? sonríe en un ángulo de la foto y nos sigue mirando mientras jugamos en algún lugar entre tu sueño y el mío, esperando que ni tú ni yo dejemos nunca de galopar. Al final, ya ves, he sido caballo.

Diagnóstico como veredicto. ¡Qué más da! Dicen que los niños autistas son más niños. No lo sé. A mí me gustaba tu cara de asombro cuando te sentabas en mis rodillas, un rizo en la frente y la luna llena asomada a la ventana, una jungla de besos y los restos del puré de frutas en el babero. A mí me gustaba tu alegría cuando bailabas alborozada al compás de los dibujos de Pepa Pig, cuando me empujaste la

otra noche de la cama reclamando otra galleta, cuando me tiendes los brazos para jugar al *tiburón cosquillero*. ¿Te acuerdas? Aún no tenías dos años y viajabas a horcajadas en mis rodillas. ¡Elenita se va a París! Al pie mismo de una noche llena de estrellas tan fugaces como todo lo demás cabalgamos al compás de tu risa. Te inclinabas. Aserrín-aserrán. Una y otra vez. Luego, agotada de viajar a París al trote y al galope, te bajabas del caballito gris y tomabas todos los posavasos de la casa sin perdonar ni uno, los mezclabas una y otra vez y jugábamos con ellos. ¡Obsesión! ¡El bucle! Alguien te roba el juego. Cinco años transcurridos dan para muchas obsesiones, muchos huevos fritos y muchas horas buceando amparada por mi risa. ¿Te acuerdas? Han transcurrido tres años desde que un domingo de febrero nos caímos a la piscina helada rescatando a Poco-yo de un naufragio inesperado. Tú pensabas que era un juego porque el abuelo es juguetón. Envuelta en cuatro toallas, tres duchas y un albornoz enorme y colorado te reías sin parar. ¿Otra vez, Abufede? Al cabo de un rato estrenabas ropa y volvías a coleccionar tenedores, repasándolos uno por uno, descubriendo quién sabe qué, ordenándolos y reordenándolos como si el universo mismo dependiera de tu mano. ¡Fijación de pensamiento! ¡El bucle, el bucle! Terapia nueva. Me miras desde el asombro y aceptas la baraja, la mezclas y se nos pasa la tarde. Dicen que los niños autistas entienden de números y de cartas. Y a ves, Elena, yo también sé un poco de eso y te podré enseñar a jugar, obsesiva y dulcemente, para que nunca dejes de hacerlo.

Porque después de todo lo que hace trascendentes a las cosas es precisamente su perdurabilidad. Eso todavía no lo entiendes. Un día somos niños y si nosotros no lo remediamos no volveremos a serlo. Esto sí que es un diagnóstico implacable. Entretanto hay que recuperar la risa, lo perdurable, el tacto, el sabor a chocolate y las cosquillas. ¡Hay que declarar la guerra al olvido! ¡Guerra a la eternidad! Solamente aquello que es finito puede trascendemos ante la inminencia de su final, la maravillosa fatalidad de sabernos limitados, indivisibles, niños, únicos y queridos hasta la orilla del amor. La eternidad es una puerta al abismo, la banalidad de lo inalcanzable. No nos importa. La infancia es la meta. Si el tiempo viaja haciendo círculos tu felicidad es la dimensión de todas las cosas y también la medida de mi paz cuando te miro a los ojos. Elena, estás aprendiendo a ser niña. Nunca olvides que hay secretos inexplicables que solamente conocemos mientras los dejamos volar. Guardar los sueños bajo siete llaves no es crecer sino morir poco a poco.

Juega. Juega siempre porque quien juega ama lo que hace.

Hace apenas unos años celebrábamos algo en casa. Había una gran naranja de luna flotando sobre las aguas remansadas mientras despeinaba reflejos. Apenas ocupabas una pequeña parte de la inmensa silla. Había bullicio, vino y plata, olor de carne a la brasa y de familia reunida en torno a la mesa. Era final de agosto y tu mamá te abrigó. Tú te reías, habías trepado sobre tu papá-montaña y el sueño te vencía, húmeda de amor y lágrima. La casa huele a madreSelva, agito la memoria y nos acunan los murmullos de las voces. Te tomé en mis brazos y cerraste los ojos, mi nieta, mi niña más bonita que el más bonito de los recuerdos. No conozco más diagnóstico que tu forma de explicarme el mundo y el sabor de mis croquetas de jamón. Lo demás son zarandajas, una forma de darle nombre a lo que no entendemos. ¿Sabes, Elena? Yo creo que ya nada es igual, que algún día aprendiste a leer y quién sabe si cuando te hagas mujer te tomarás la lección, repasarás la niñez inalcanzable, nos verás en las fotografías y sentirás el mismo temblor que ahora siente tu abuelo.

La tortuguita devoraba círculos, estrellitas y figuras geométricas, pirámides de plástico multicolores y los ojos abiertos como faros. Cuando terminabas el juego le arrancábamos el caparazón y desparramábamos las piezas. Otra vez. Me miras como entonces me mirabas, con esa fijeza dulce y ancha. Estrenamos cada atardecer, a veces íntimo y a veces estrellado, cuando el antes y el después se despliegan y se interponen. Y un día yo no estaré. Y tú serás niña al fin y te sentarás como tu abuelo en una piedra para sentir la geometría de la luz y el lejano rumor del mar. Nos hacemos mayores a nuestro pesar y a veces nos habla una voz. No le pongas nombre a las cosas y escúchalas. Ya no habrá un caballito gris entre tus piernas ni un tiburón cosquillero persiguiéndote por la piscina pero tendrás amigos y tendrás emociones y recuerdos con sabor a chocolate.

Un día como hoy me dijo tu papá que te habían diagnosticado autismo. Como tu papá. Y a lo sabíamos. Las cosas son como son y los nombres no abarcan la dulzura de tu piel cuando te canto, brujita. Aprenderás a contar las cosas, a leerlas, derecha e izquierda, arriba y abajo, dimensiones al fin de una soledad. Y o no temo a los nombres, yo solamente quiero que seas feliz, que conozcas la alegría de ser querida como ahora te queremos, que te disfraces de la india más hermosa de Jaipur, que tengas amigos y sientas en tu piel el tacto de una mano enferma de amor y de

ternura. Cierra los ojos. ¿ Ves? Apenas basta un parpadeo para fijar la imagen, el sustantivo, la nube, el galopar de un caballo, la inminencia de la lluvia, el olor del magnolio, el aroma del helado de mango y la cara de tu abuelo cuando te columpia. Después de todo hay que aprender a jugar. Uno, dos, tres cuatro ... ¡ya!. Eso que llamamos vida se desliza por el segundero, se alcanza una y otra vez al compás de tu mirada. Disfruta de lo que entiendes y de lo que nunca entenderemos ni tú ni yo. ¿Autista? Parpadea frenéticamente reteniendo cada pedazo del paisaje mientras poco a poco, a nuestros pies, nace la hierba y nos hacemos mayores a nuestro pesar. El tiempo, ¿sabes Elena?, no es más que una mentira más, un cajón donde guardar los más íntimos y los más hermosos recuerdos, de sobrevivir con el alma envuelta en sonrisa cada despertar.

